

LA CUEVA DE LA ANTIGUA

Por: ROBERTO BLAKE WHITE, I. C.

*Artículo del Boletín de la
Sociedad Geográfica de Colombia
Número 47 y 48, Volumen XIII
Tercer y cuarto Trimestres de 1955*

Entre las curiosidades naturales en que abunda el Estado de Santander, ninguna hay que llame tanto la atención, después del famoso «Hoyo de los Pájaros», como la cueva llamada de La Antigua, situada a corta distancia de San Gil en la hacienda de «Guagua»...

Guiados por un muchacho de las cercanías, llegamos con no poco trabajo a la puerta de la gruta; y tan pronto como nos hubimos proveído de las luces y bordones de ordenanza, dimos principio a nuestra excursión, no sin hacer algunos esfuerzos para disipar cierto miedecillo infantil que nos acompañaba.

La entrada de la cueva es un poco baja, y los primeros pasos son inciertos a causa de que la luz del sol que alcanza a penetrar no es bastante para iluminar el piso, y sí lo es para impedir el que las luces de las velas llenen su objeto. Pero a medida que se avanza, el espectáculo es imponente: como a unos veinte pasos de la entrada se halla el explorador en una espaciosa pieza, cuyo techo de roca viva y cubierto de preciosos mosaicos parece labrado a cincel. La gruta se divide allí en dos: una que sigue en línea recta, y a la que se penetra por una ancha puerta que tiene la forma de un arco perfecto, y la otra que sigue a la derecha. Nosotros tomamos esta última, a causa de ser la más conocida y la única en que nuestro guía podía prestar los oficios de tal.

Pero antes de seguir adelante, será bueno dar a conocer a mis lectores el sitio que llaman El Cementerio, que no es otra cosa que un trecho como de tres varas en cuadro y en el que se encuentra una gran cantidad de huesos humanos yo me puse a escoger algunos, y entre los que saqué los había de niños, hombres y mujeres. Varias opiniones corren acerca del origen de este

cúmulo de restos humanos. Algunos creen que esta cueva servía a los indígenas para depositar los cadáveres de sus finados; otros suponen que aquellos infelices, acosados por los conquistadores, se refugiaron allí, prefiriendo morir de hambre a caer en sus manos...

Como he dicho ya, nosotros tomamos por la vía de la derecha cuya entrada es tan recta y reducida, que hay necesidad de agazaparse más de lo que uno quisiera. Esta vía ofrece poco aliciente, pues en algunos pasajes es tan angosta que apenas puede haber una persona de frente; el suelo es bien desigual a causa de las excavaciones que se han hecho para extraer el nitro, que se encuentra en abundancia; y las paredes destilan constantemente una cantidad de agua que, aunque pequeña, es bastante para humedecer el piso. Sin embargo, el aspecto que presenta la roca no carece de belleza; sobre un fondo amarillo lustroso brilla una multitud de granitos que parecen de plata, y que no son otra cosa que el nitro de que he hablado ya.

A medida que se avanza se va sintiendo un ruido lejano, semejante a un sonido sordo y prolongado. Lo que esto produce no es otra cosa que un arroyo que se halla a unas dos cuerdas del lugar donde se divide la gruta; pero que, por el ruido que hace, cualquiera lo tomaría por un torrente impetuoso.

El temor de extraviarnos, las súplicas de uno de los compañeros, que decía respiraba ya con mucha dificultad, y los numerosos murciélagos que revoloteaban alrededor de nosotros, dando muestras de querer apagar las luces que los molestaban, nos hicieron volver atrás. El guía nos manifestó por otra parte que era inútil pensar en seguir, pues según la voz común, esta caverna se extiende hasta la peña de Guane, en donde tiene una abertura; es decir, que su extensión es por lo menos de tres leguas. Satisfecha ya nuestra curiosidad, pensamos en retroceder, y aquí fue donde el guía nos fue de más utilidad, pues a un lado y otro hay una multitud de cuevas accesorias en las que es fácil un extravío...

Los que extraen nitro y los habitantes de los cantones han encontrado en esta cueva, macanas, flechas, vasijas de barro y otros objetos que, aunque insignificantes en sí, tienen un gran valor a los ojos de personas medianamente entendidas; sin embargo, esas gentes, incapaces de apreciar el mérito de esas preciosidades, las han mirado con tanto desprecio, que han llegado hasta botarlas como cosas inútiles, admirándose de que uno ofrezca pagarlas bien.

